

Una noche en "El Unicornio"...
GERMÁN DEHESA

■ ■ ■ presentábamos "El cancionero mexicano". Entre el público formado mayoritariamente por seres pensantes y sensibles (que no todas las noches es así) se encontraban varios de los editores y amigos de la revista Este País. En esta colaboración con la que temporalmente me despido, no de mi apoyo total a la revista, sino de mi escrita colaboración mensual, quiero resucitar un momento de aquella feliz noche. El espectáculo, que no es más que una brevísima muestra espigada aquí y allá del vasto repertorio del canto mexicano (poesía y canción), había caminado con toda felicidad. Entre el público, los narradores y los músicos se había dado un esencial acuerdo a favor de la irrenunciable felicidad de ser mexicanos. Ni mejores que los de allá abajo, ni peores que los de allá arriba. Era la simple y mágica comprobación de que ser de aquí estaba muy bien. Nada había de sorprendente, o complicado en nuestra ceremonia. Si me apuran un poco, les diré que no era más que un intento de poner al día la vieja y mexicana costumbre de las tertulias. Llega la noche y así como en otras culturas les da por irse de inmediato a la cama con el fin de no mermar la productividad y los ideales de calidad total, a los mexicanos nos da por buscar algún modo del fuego para reunirnos en torno a él y platicar, contar historias y dejar que el alma sume y reste las cantidades del deseo. En algún punto de la noche, aparece una guitarra. Este es uno de los verdaderos e invariables milagros mexicanos: siempre que dos o más nacionales se reúnen, aparece una guitarra.

Establecido el instrumento, los ríos de la música y de la noche confluyen nupcialmente y avanzan rumbo al amanecer. Resucitar este inmemorial modo del recreo es nuestra tarea allá en "El Unicornio". Aquella noche había sido particularmente feliz. El que se sube a un escenario tiene que desarrollar múltiples habilidades. Una de ellas —y no la menor— es aprender a leer los silencios. No todos son iguales. Hay silencios indiferentes; los hay concesivos; también los hay tolerantes y, de vez en cuando, pueden ser amistosos y participativos. Estos son los silencios comunes. A los del escenario más nos vale aprender a discernirlos pues cada uno requiere de tratamientos distintos. Sucede, además, que en una misma noche, si se hacen bien las cosas y el duende es propicio, un silencio de cuarta evolucione lentamente y termine siendo un silencio de primera. Cuando esto sucede, la gente se va muy contenta y los del escenario nos sentimos más recompensados que si nos becara Televisa. De cuando en cuando, se presentan las noches excepcionales. El silencio se vuelve íntimo, cómplice, perfectamente solidario. Es ese silencio pitagórico que permite oír el suave roce de la luna cuando gira y se desplaza desde la calzada Ignacio Zaragoza y rumbo a Toluca (vista desde aquí). Esas noches son las que justifican la necesidad de cantarle a la ciudadanía posmoderna valonas, corridos, canciones cardenches, huapangos, sones, pirecuas y cosas de Lara, de Chava Flores, de José Alfredo y lo que va cayendo. La noche que les cuento fue una de éstas. Salimos, comenzamos a platicar y a cantar y vimos que todo era bueno. EL silencio era amistoso y balsámico como el olor de aquellos eucaliptos de Adrogué que confortaron a Borges. Fue en ese enjovelado marco de silencio bueno que Eligio Meléndez, después de alguna canción del siglo XIX, dijo con su voz de riquísimos matices:

"Para Entonces"
Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895)

*Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo;
donde parezca sueño la agonía,
y el alma, un ave que remonta el vuelo.
No escuchar en los últimos instantes,
ya con el cielo y con el mar a solas,
más voces ni plegarias sollozantes
que el majestuoso tumbo de las olas.*

*Morir cuando la luz, triste retira
sus áureas redes de la onda verde,
y ser como ese sol que lento expira:
algo muy luminoso que se pierde.*

*Morir, y joven: antes que destruya
el tiempo aleve la gentil corona;
cuando la vida dice aún: soy tuya,
aunque sepamos bien que nos traiciona.*

Verso a verso, el silencio por así decirlo se iba apretando; iba ganando en densidad y en el ambiente se percibía el espíritu de la comunión y de la epifanía. En su breve tránsito por el mundo, Manuel Gutiérrez Nájera reunió estas palabras ("He trabado en firmes palabras mi sentimiento, que pudo haberse disipado en ternura", dijo otro poeta) y logró con ellas crear una música de tal poder, de tal capacidad de resonancia que, a despecho del tiempo y de la aflicción del polvo, siguen resonando; siguen llegando a nuestros oídos y haciéndonos sentir que esas palabras y esa marina cadencia siguen siendo nuestras. Muchísimas cosas más escribió Gutiérrez Nájera. Fue poeta, narrador, cronista, crítico y ensayista. Todavía hoy seguimos rescatando textos extraviados de aquel dandy porfiriano cuyo nombre se refractó en más de 20 seudónimos. Mucho escribió don Manuel; pero todo lo que escribió acaba siendo reconociblemente de él; de Manuel Gutiérrez Nájera. Sólo el "Para Entonces" se ha vuelto bien común: un poema que es mágicamente de todo aquel que lo escucha. Antonio Machado, entre otros poetas, ha hablado de ese supremo privilegio de que un verso nuestro se vuelva anónimo y, por lo mismo, propiedad de todos. Supongo que esto ha de sonar blasfemo para muchos enloquecidos Narcisos modernos que quieren derechos de autor hasta por sus cuadernos de primaria. No nos detengamos en estos seres menores. La poesía es bien común; es el pan nuestro de cada día. Nadie puede decirse propietario de la belleza. Me parece que en arte sólo nuestros fracasos nos pertenecen; nuestros logros —si los son en verdad— es porque nombran la aspiración de todos. Diga sí a la piratería. La infinidad de veces que hemos leído este poema ante infinidad de públicos nos confirman que no era Manuel Gutiérrez Nájera el que expresó "Quiero morir cuando decline el día; en alta mar y con la cara al cielo...". No. No fue él. Somos millones de

hispanohablantes contenidos en un translúcido y resistent-te cántaro de tiempo y de espacio llamado México.

Terminada la función...

...los parroquianos se resistían a irse. Algo de ellos se había quedado atrapado en aquel verso impecable y sonoro: "el majestuoso tumbo de las olas" (que es en sí un rumor de mar y un fonético romper de ola). Yo tampoco me quena ir (yo nunca me quiero ir). Intenté acercarme a saludar a mis amigos. Me interceptó Federico Reyes Heroles con cara de pleno deleite: ¿eso que leyeron era de Gutiérrez Nájera? me preguntó. En parte, Federico, la otra parte es tuya y mía. Es que es magnífico; podría ser romántico, podría ser modernista, pero es totalmente actual. Y así en una esquina del "Unicornio" y de la noche dos amigos que conversaban quizá vislumbraron una de las claves de lo mexicano: nuestra capacidad de habitar muchos ayeres sin abandonar el hoy. Nuestra mestiza raíz que se puede nutrir de la retórica francesa de fin de siglo; de las melancolías porfirianas, de los incumplidos deseos de los tiempos de crisis y florecer en un poema ("resguardo inútil para el hado", diría Sor Juana) que triunfa de la vejez y del olvido (también Sor Juana). Dejo aquí esta flor en prenda de agradecimiento y como promesa de regreso a mis lectores y editores de Este País, revista que es mi casa. A ella volveré. Para entonces